

ALFAGUARA



Pablo Ramos

La ley de la ferocidad

*A Jorlane Cassia Da Silva Reis,
por su sensibilidad y su amor.*

*Y buscaba de dónde viene el mal, y lo buscaba mal,
y no veía el mal que había en mi propia búsqueda.*

SAN AGUSTÍN, *Confesiones*

Uno

bles, ni el orden y la limpieza que encuentro ese día. Tan sólo una Fender enchufada a un equipo con las válvulas hirviendo, algunos libros, pocos muebles y, en el estudio, una máquina de escribir bajo un desborde de páginas escritas. Y si en vez de ser aquel hoy fuera entonces este mañana, yo sería un hombre distinto de ese que se despierta minutos antes de la noticia. Sería un hombre que intenta aplastar a pura palabra el descomunal malestar que lo consume. Un hombre que golpea en una máquina de escribir para no seguir dándose botellazos en la cabeza, un hombre que ha dejado a su paso más daños que un huracán. Un hombre que decide empezar de cero.

Cinco años separan al hombre que voy a ser del hombre que soy ahora en el pasado, pero sin embargo los dos ya convergen en una mixtura inestable. Una unión de partes que no llega a ser la esencia de un nuevo todo. El hombre que lo vive no es el hombre que lo escribe, pero va a comenzar a transformarse en él cuando decida escribir. Y va a terminar de transformarse en él cuando acabe de escribir. Por el hecho de escribir.

Yo soy el hombre que escribe. Pero aún no lo sabía. Y aquella mañana de niebla y de muerte bajo de la terraza y me caliento los pies en la estufa eléctrica. El teléfono vuelve a sonar y sonar, de la misma manera y con los mismos intervalos de tiempo. Entro en la habitación y atiendo. La voz de mi madre, serena, más cerca de la confusión que de la tristeza, me da la noticia.

—Todavía está en la cama —me dice, y entiendo que nadie va a moverlo de ahí si yo no hago algo.

Despierto a Manuel, mi hermano menor (que vivía conmigo), y se lo digo sin vueltas. Manuel inclina la cabeza y casi en silencio llora.

En pocos minutos salimos de casa. En la cochera guardo dos autos, la misma marca, el mismo modelo, distinto color. Uno negro y uno gris. En el auto negro, mi hermano Manuel y yo. Siento una molestia en el bolsillo trasero del pantalón. Me levanto y saco un manojito de billetes de cien. Lo tiro en el cenicero. Miro hacia el costado derecho. Vuelvo la mirada al frente. Niebla en las ventanillas. Dolor de Manuel, que ya no llora. Seguramente juzga que a mí me va a parecer mal tanto llorar. No lo miro, lo intuyo en el límite del campo visual de mi ojo derecho. Debe pensar que cago guita. Le diría que está bien llorar, pero no tengo el valor de contradecir al que soy, o al que los demás piensan que soy porque proyecté una imagen inequívoca, y estoy convencido de que si volviera atrás esa imagen para revisarla, para ponerla bajo la luz de un punto de vista diferente, todos los juicios que salieron de mi boca se volverían contra mí; serían la piedra que golpearía en los pies de arcilla de esa imagen de acero y bronce que edificué para los demás. Para mi padre. Me derrumbaría, y no sería capaz de levantarme.

Manejo en silencio un auto lujoso. Elijo el camino largo, el que me haga volver de a poco. El camino del puente viejo, que me va metiendo en la pobreza lenta pero implacablemente. Es el camino del pasado. O es el camino hacia el pasado. Hacia lo que nunca se termina de dejar atrás. La Boca y las taperas de la isla. Dock Sud y La Serena. No siento nada, sólo vuelvo como un caballo viejo, inconsciente de lo

que significa volver, lejos de concebir el fracaso o la resignación inherente a esa palabra.

Acceso Sudeste. Un partido de fútbol. Gente amontonada alrededor de un tacho donde queman todo lo que pueden para soportar el frío. La butaca del Alfa Romeo se calefacciona automáticamente. Siento calor en los riñones, los mismos riñones que alguna vez pateó la policía de la 5ª de Varela. Entro muy rápido en la curva cerrada, no me doy cuenta y le paso raspando al tacho. El auto se estabiliza solo, tiene amortiguación inteligente. Los que son como yo era me miran indignados, como yo me indignaba cuando alguien en un auto como el mío pasaba de esta manera. Hoy podría pisarlos y no perdería el control del auto, no perdería este confort en los riñones que ya se han recuperado por completo. ¿En qué me convertí? ¿Cuáles son los golpes de los cuales no logro recuperarme todavía? Manuel me mira. Mi madre dice que todo lo que yo pienso se puede leer en la locura de mis ojos cuando están extraviados.

La casa de mis padres. Estaciono. No hay vecinos a la vista. Bajamos del auto. Manuel tiene la llave. Entramos. En la mesa redonda mi madre y los demás. Mi hermana Julia llora en cuanto me ve. Se esconde de mí en el pecho de Sergio, su marido. Alejandro apichonado. Tía Laura hace mate, café, habla, trata de contenerlos a todos. Tío Alfredo no está, y seguro es un misterio cerrado como su dolor. Miradas y saludos aparatosos. No me dejo abrazar demasiado por nadie. Tan sólo por Julia, porque ella

es siempre un tesoro para mí. La incomodidad de un beso y de un abrazo en momentos como éste es indescriptible. Julia es la única que llora. Hermanita de mi corazón, no puedo hacer nada, no soy capaz de decirte lo que siento, no soy capaz ni siquiera de identificarlo. Mi mente está aislada. Y Alejandro tiene los ojos rojos. Y tía Laura me ofrece un café. Y tomo el café que me alivia un sinfín de dolores en el acto. Digo que quiero pasar solo, que necesito estar solo con él, un instante. Digo que todo va a estar bien. Mi madre hace que sí con la cabeza. Dice que sí. El hilo de su voz me llega pálido y anacrónico, casi ciego.

Paso a la habitación, cierro la puerta y me siento al costado de la cama. Está oscuro. Me detengo unos segundos en la oscuridad. Yo todavía duermo con la luz encendida. Enciendo el velador. Mi padre: el cadáver de mi padre. Lo miro. Busco un gesto en su cara que me permita exteriorizar en llanto todos nuestros años de desencuentro. Creo que busco un gesto de dolor, un dolor fosilizado en su cara. Pero el aspecto de mi padre es sereno. Recostado en la cama, con los ojos cerrados (no había llegado a abrirlos), tapado hasta los hombros, parece dormido. Lo único extraño es su cuerpo: el bulto debajo de las ropas de cama que debería ser su cuerpo. Demasiado chico. Desinflado. Vacío. Pienso con oscuridad como para provocarme una herida, pero mi padre también en su muerte se me niega, y sé que no voy a poder llorarle.

Estoy por irme cuando golpean la puerta. Es el señor Traum: así dice la voz detrás de la puerta. El hombre de la funeraria. Me pregunta si estoy

listo. La pregunta me toma por sorpresa. No sé qué decir. Traum se anticipa, siempre detrás de la puerta, y me aclara los tantos: me pregunta si terminé de despedirme.

—Sí, disculpe, estoy listo —le contesto, aunque no tengo idea de lo que digo.

Entran él y un ayudante. Despliegan una camilla forrada de algodón celeste y la ponen paralela a la cama. Es una camilla común y corriente, celeste, como la de un kinesiólogo. Habría imaginado el negro para camilla de muertos. Es bastante más alta que la cama. Piden espacio, lo piden por favor y doy unos pasos hacia atrás. Piernas que se tensan en los muslos. Traum me pide que salga. No reacciono. O lo pide otra vez, o me parece que mueve los labios pidiéndolo otra vez. El ayudante destapa completamente a mi padre. Traum se sorprende de la torpeza del tipo, se le nota. El vientre y las manos de mi padre. La carne desnuda del pecho que chorrea hacia abajo, pesada, completamente muerta. Deberían haberme avisado. Ya sé que me avisaron. Pero deberían haberme avisado más.

Eso no es el cuerpo de mi padre. Traum toma a eso de las piernas. Su ayudante toma a eso de las axilas. “Uno, dos, tres.” Se dice cadáver. No respiro. El ruido seco de la cabeza de mi padre que golpea contra el tirante del cabezal de la cama. Hielo en mi sangre y en la sangre del que me dio la sangre. Una marca en la sien, una línea hundida que va desde el nacimiento de la patilla derecha al pómulos. La piel no vuelve sobre sí, perdió su elasticidad, ya nada puede hacerle daño. Un cartón seco y delgado que cubre las dimensiones de lo que ha sido un hombre. Nada

más, nada más porque no hay más: mi padre es ahora la no vida de mi padre.

Lo cubren con una sábana celeste. Ruido de fierros y rueditas. Ojos llenos de lágrimas que no caen. Sacan la camilla de la habitación al living. Gemido de impresión de Julia sobre silencio de impresión de los demás. Toco la cama. Espero unos segundos y salgo. Mi madre duerme en la otra habitación. Le dieron un sedante fuerte. El cuerpo y los extraños salen. Julia se despide hasta más tarde y sale. Manuel, detrás de ella. Arranques de llantos cortos de Julia que camina inclinada sobre Sergio. Tía Laura dice que va a hacer unas llamadas por teléfono y Alejandro y yo nos quedamos solos, sentados a la mesa del comedor.

Siglos y siglos de silencio.

—Somos todos iguales —digo, y no sé exactamente qué quiero decir. Busco las palabras para expresarme mejor. No las encuentro.

—Mudos —dice Alejandro. Sonríe. Sobre la mesa, dos cajas de zapatos llenas de fotos—. Ayer a la noche se lo pasaron mirando fotos.

—¿Quiénes?

—Papá y mamá. Papá le pidió ver fotos.

Golpean la puerta que da al pasillo que da a la calle. Me levanto y abro. Es Traum. Me extiende la mano derecha. Lo invito a pasar y acepta pero no invade, se queda cerca de la salida. Me da su tarjeta.

—En cuanto pueda, pase por mi oficina —me dice—. Quiero ofrecerle el servicio más adecuado para usted.

Entra Sergio con un paquete blanco, me palmea la espalda y va hacia la cocina.

—No le hagan nada hasta que yo llegue —le digo a Traum.

Me contesta que en ese caso vaya lo antes posible y le aseguro que en dos horas voy a estar ahí. Traum es cordial y su cara mantiene el semblante justo, amoldado al respeto por la muerte pero sin ninguna gota de dramatismo; más bien es alegre, y habla y se mueve con energía, con el dinamismo propio de un ejecutivo. Es el dueño de la funeraria más importante de Avellaneda. Sabe de mí, de mi empresa, y soy digno de que me atienda en persona. Un traje gris topo, una camisa celeste sin corbata y con un cuello enorme que le vuela por sobre la solapa del saco al estilo Fredo Corleone. Alejandro y yo nos miramos, en otras circunstancias habríamos dicho algo al respecto. Pero nuestro padre está muerto, y supongo que ni siquiera empezamos a entender que eso significa que esa posibilidad de padre que había estado en nuestras vidas ha desaparecido para siempre.

Sergio se sienta con el mate y abre el paquete de facturas que acaba de poner sobre la mesa. Despido a Traum. Miro a Sergio, siento que en él está a punto de revelarse algo, quiero decir que algo está a punto de ser revelado para mí, y que esa revelación va a suceder en él y en el acto tan simple que está llevando a cabo. Sergio me sorprende mirándolo y yo me hago el desentendido. Parece estúpido, pero de golpe había sentido que Sergio, Alejandro y yo estamos unidos, que somos lo mismo: hijos de hombres de clase baja que tienen la costumbre de comer las facturas así, del paquete. Sonríe: eso no es nada, no alcanza para nada.

Saco una foto de una de las cajas de zapatos y la pongo sobre la mesa. Es una de esas fotos viejas,

sepia y con los bordes recortados en serrucho. En ella están tío Juan, mi padre y tío Alfredo (lo sé porque lo sabemos todos, tienen dieciséis, trece y ocho años respectivamente) rodeando a su madre. Posan con cintas de luto sobre los brazos, la cara seria, asustados, como si el mundo se les viniera abajo.

—Decí algo, cuñado —le digo a Sergio.

—Es una foto de la muerte de tu abuelo.

—Ahora es una foto de la muerte de casi todos —dice Alejandro, porque la única persona viva es tío Alfredo.

Tomo un mate y me meto en el baño. Tarde o temprano toda foto es una foto de muerte. Tengo acidez y escupo una bilis amarga en la pileta. Lipotimia. Ya sé, ya pasa. Llevo más de un año sin tomar ni una gota de alcohol y a veces los síntomas de la abstinencia vuelven. Ahora vuelven: el estómago que se parte, la glotis como una piedra, estreñimiento, la cabeza dentro de una campana sanguchera. Tranquilizarse, respirar profundo por la nariz, hacer que entre ese aire que no entra. Me siento en el inodoro y por más que intento no logro nada. Me levanto y abro la canilla de la pileta. Dejo correr el agua, me mojo la mano y con la mano me mojo la nuca. Me recompongo. Me saco la ropa y abro la llave de la ducha. Me meto bajo el agua caliente. Pienso en las cosas que, fragmentadas, en algunos encuentros de domingo en nuestro club de barrio, me dijo mi padre. La única posibilidad de que dijera algo más que monosílabos era que estuviese picado por el vermú. Pero tampoco era de esperar que se largara con un discurso. Una sola vez me contó una anécdota completa. En general decía frases cortas que (supongo) suponía reveladoras. Como si

todos los demás tuviésemos en la cabeza lo mismo que él tenía en la cabeza. Estábamos acodados al mostrador y de golpe fruncía el ceño, tomaba un trago corto, de esos que suelen tomar los alcohólicos sociales, giraba la cabeza y me decía algo venido de la nada, “el tiempo de mi viejo fue un tiempo de aires”. O, apenas nos veíamos, después de diez o quince días de ni siquiera llamarnos por teléfono, lo saludaba con un simple cómo estás y él me contestaba: “Un día vas a ver las cosas de otro modo”.

De qué cosas hablaba, qué había querido decir con eso de un tiempo de aires. Imposible saberlo. Otra vez dijo: “Si para el pobre no hubo justicia hasta que llegó Perón”. No venía al caso de nada, de hecho estábamos en un mercado comprando todo lo que hacía falta para una carbonada que se iba a hacer en el club y me dijo eso, o mejor dicho, lo dijo. Pensé que el *si* inicial de la frase lo delataba. No hablaba conmigo, sus palabras eran una respuesta a un diálogo que se desarrollaba en su interior exteriorizado por una casualidad de las vías respiratorias. Al principio, cuando ocurrían estas cosas, me enfurecía y trataba de poner en evidencia, frente a las demás personas, eso que yo pensaba era la locura de mi padre. Pero mi desventaja era justamente ésa: él era mi padre. Entonces fui cayendo en la trampa y, casi sin darme cuenta, comencé a relacionar las frases de varias maneras. Como un juego, unía una frase dicha un mes atrás con otra reciente, con otra que recordaba de hacía algunos años, o con otras que yo inventaba para unir a las demás y darle a todo un sentido al menos general. Darle a mi padre un sentido al menos general.

Una vez, al borde de la borrachera los dos, me anunció como un oráculo: “Alguna vez vas a escribir la historia de tu familia”. Me enfermaba que él me dijera lo que yo iba o no iba a hacer. Aunque sonara bien. Me era imposible abrir los oídos y mucho menos el alma a ese hombre seco, autosuficiente, que yo sentía que me debía demasiado como para seguir haciéndose el desentendido.

—¿Y a quién le puede interesar nuestra historia, papá? —le contesté en voz alta; más alta de lo que debía haber sido porque había gente y yo era un chico de diecisiete años.

—A vos te va a interesar.

Después de decir algo así mi padre no me hablaba por todo el día. Me miraba serio, como si yo estuviese obligado a mantener con vida la llama de la conversación. Nunca supe qué decirle en esas circunstancias. El silencio posterior me ahogaba como un mar de alquitrán. Cualquier indirecta hubiera sido un cañonazo destinado a fracasar. ¿Cómo pegarle a un barco fantasma?

Golpean la puerta y entran en el baño. Detrás de la mampara, Alejandro. El sonido de su orín contra el agua estancada del inodoro. El agua del depósito que corre. Pienso en todo lo que expulsamos del cuerpo todos los días. Estamos acostumbrados a deshacernos de nosotros mismos, sólo que fingimos ignorarlo. Morimos todos los días todo el tiempo, y sin esa muerte cotidiana nuestra propia vida sería imposible. Es un razonamiento alentador. ¿Qué había sido mi padre para mí durante su vida? ¿Qué estaba tiran-

do por el inodoro su muerte? Yo nunca tuve verdadera conciencia de él. Mi vida estuvo signada por los cuidados de mi madre, por sus aciertos y errores. Hasta pasados los ocho o nueve años mi padre no significó mucho para mí. Ni siquiera su ausencia. De hecho, yo prefería su ausencia. Entonces, ¿por qué me siento mareado bajo la ducha? ¿Por qué quiero decirle algo a mi hermano y no sé qué? Me gustaría expulsar a mi padre en este momento, soltarlo como una meada larga. Suspirar y olvidarme.

—¿Qué vamos a hacer sin papá? —me pregunta Alejandro, y yo sé que ahora nada va a impedir que se venga abajo, que la culpa lo carcoma.

Corro la mampara que aísla la ducha y lo miro. Bajó la tapa del inodoro y está sentado sobre ella. Ferocidad. El ser que se encendía en furia por nada, por nimiedades tan parecidas a la nada que nadie podía notar nunca qué había pasado, ni cuándo, para que él se pusiera así. Miro a Alejandro: ningún pájaro vuela con semejante equipaje. Suelto el aire y le toco la cabeza: y entonces lo siento, en la panza, en el bajo vientre, en los costados de la garganta. Lo siento, y ahora que lo escribo me doy cuenta de que en ese momento identifiqué perfectamente lo que sentía; me doy cuenta de que en el mismo momento en que le tocaba la cabeza a mi hermano, que no se animaba a mirarme a los ojos, sentí que yo podía perder definitivamente la ternura, que ése era el precio posible que me iba a tocar pagar, y que tenía los días de esa muerte: los tres días del velorio de mi padre, para entender, para llorar después de entender, para soltarlo todo o terminar de enquistarlo de una vez y para siempre.

Salimos del baño y Sergio me dice que Traum acaba de llamar, que me espera a las dos en punto en las oficinas de la cochería.

—Parece que los cajones del sindicato son im-
presentables —dice Sergio.

Nos sentamos a la mesa y al rato aparece tía Laura con una fuente de milanesas y otra de ensalada de papas. Me doy cuenta de que tengo un hambre de guerra. Manuel no volvió. Le pregunto a tía Laura y me dice que se fue a la casa de uno de sus amigos.

—Tu tío también duerme —dice, y quiere decir que lo perdone por no venir a saludar. Lo sé por ese “también”, descolocado y piadoso, tan lleno de resignación.

Nos comemos las milanesas y la ensalada. Mojamos el pan en la fuente y terminamos a los tiros por los últimos restos de aceite. Nos reímos, jugamos un poco de manos. Pero la risa decae, y deviene un silencio pesado. Alejandro enciende un cigarrillo. No somos chicos, somos otros, tan distintos que apenas nos conocemos.

Sergio toma una foto de mi abuela, de cuerpo entero, una foto pintada sacada en Sicilia. La pone sobre la mesa.

—Che, ¿es cierta la historia? —pregunta.

—El padre de la abuela inventó el delivery de minas —dice Alejandro, y tiene razón.

—Ésa es toda la historia de la familia —digo—. Para atrás no se sabe nada. Para adelante estamos nosotros.

Alejandro toma la foto y la da vuelta.

—Tres generaciones es muy poco para salir de la pobreza —dice. Sergio sonrío.

—Y es suficiente para no aguantarlos más —digo yo, y ahora es Alejandro quien sonrío.

—Sabés que tu viejo decía siempre que vos ibas a escribir la historia de tu familia —me dice Sergio. Yo lo miro, necesito un café.